

Capítulo 9: La Expiación.-

Nada personifica más el sin igual amor de nuestro Padre celestial, que los actos divinos que constituyen la expiación.

“Pero Dios demuestra su amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. **Rom. 5:8.**

Aquí, en el principal acto expiatorio, el amor de Dios fue manifestado para siempre, no solo delante del hombre caído sino que delante de seres perfectos y de demonios. Nunca más iba a ser desafiado el cariñoso amor del Creador.

El universo contiene miles de seres no caídos. Pero nunca hubo ni habrá una expiación por ellos. A pesar de su dependencia de Dios por sus vidas, ellos no necesitan ninguna expiación. Solamente el hombre pecador necesita una expiación.

“Entonces se abrieron sus ojos, y al darse cuenta que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera y se las ciñeron”. **Gén. 3:7.**

Esta desnudez revelaba su propio estado injusto. El manto de gloria que había rodeado a Adán y Eva era la evidencia visible de su posesión del manto de justicia de Cristo. Certificaba su posesión de un carácter perfecto, incontaminado con el pecado. Solamente los seres que poseen esas cualidades, tienen el privilegio de una eterna asociación con un Dios santo y con seres sin pecado.

Cuando Adán y su esposa aun estaban en este estado de desnudez, les fue presentada la gloriosa certeza de la expiación. El Señor Dios proclamó la promesa eterna:

“Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su Descendiente. Tú le herirás el talón, pero él te aplastará la cabeza”. **Gén. 3:15.**

El primer servicio típico de expiación se realizó para enfatizar la veracidad de esta promesa de redención. ¡Cuán específicamente simbolizaba los actos redentores de Dios! En una única sentencia, esta bella ceremonia nos es presentada en las Escrituras:

“Y Dios el Eterno hizo al hombre y a su esposa túnicas de pieles, y los vistió”. **Gén. 3:21.**

Los abrigos de pieles presentaron delante de nuestros antepasados humanos el espantoso conocimiento que su redención le costaría al cielo la muerte de Jesús. Así como el cubrir su desnudez costó la vida de animales, así en el antítipo su expiación requeriría Su muerte. Además, esta expiación incluyó el cubrir su desnudez por el mismo Cristo, simbolizando el poder purificador de Dios y la recepción de Su carácter. Miles de años más tarde, en la economía Judía, el Día de la Expiación presentaba estas dos facetas de la expiación.

“Después degollará para el sacrificio de la expiación, el macho cabrío por el pecado del pueblo. Llevará la sangre al interior, detrás del velo, y hará con la sangre como hizo con la sangre del becerro, la esparcirá sobre el Propiciatorio y delante de él. Así purificará el Santuario de las impurezas de los israelitas, de sus rebeliones y de todos sus pecados. De la misma manera hará también con la Tienda de la Reunión que reside entre ellos, en medio de sus impurezas”. **Lev. 16:15-16.**

Aquí se presentan dos aspectos diferentes de la expiación, en el tipo. Primero, estaba el *derramamiento* de la sangre del macho cabrío por el Señor. Segundo, esta sangre era *asperjada* sobre el propi-

ciatorio. El *derramamiento* de la sangre representaba la muerte de Cristo en el Calvario, mientras que el *asperjamiento* simbolizaba Su obra de restauración y de purificación en el santuario celestial.

En nuestra gratitud por la muerte expiatoria de Cristo en el Calvario, es posible pasar inadvertidamente por sobre ese segmento de la expiación, que era simbolizado por el asperjamiento de la sangre delante del propiciatorio. Pero fue claramente declarado que “cuya sangre fue llevada al Santuario para efectuar la expiación”. Lev. 16:27.

El asperjamiento le daba énfasis a la obra del sumo sacerdote en el Lugar Santísimo, como siendo un aspecto vital de la expiación.

El concepto bíblico de expiación incluye los principios de cubrir, reconciliación, purificación y perdón. Una vez que este concepto es apreciado, la total comprensión de las enseñanzas escriturísticas de la expiación es mejor comprendido. El pasar por alto el asperjamiento de la sangre de Jesús en la expiación, es menospreciar la importancia del simbolismo del servicio del santuario. El propósito de la expiación era purificar no solo de la culpa del pecado, sino que también del pecado en sí.

No puede haber duda que el aspecto sacrificial de la expiación fue completado una vez para siempre en el Calvario; la Palabra de Dios testifica de ello en varios pasajes.

“Así también Cristo fue ofrecido una sola vez, para quitar los pecados de muchos. Y la segunda vez, sin relación con el pecado, aparecerá para salvar a los que lo esperan ansiosamente”. **Heb. 9:28.**

“Que no tiene necesidad cada día, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo. Esto lo hizo una sola vez para siempre, cuando se ofreció a sí mismo”. **Heb. 7:27.**

“Porque también Cristo padeció una vez para siempre por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Fue en verdad muerto en la carne, pero vivificado por el Espíritu”. **1 Pedro 3:18.**

“De otra manera, a Cristo le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde la creación del mundo. Pero ahora, al final de los siglos, se presentó una sola vez para siempre, para quitar el pecado, por medio del sacrificio de sí mismo”. **Heb. 9:26.**

No hay ninguna garantía, en la Palabra de Dios, para defender el continuo sacrificio del cuerpo de Cristo en el sacramento de la Misa. Eso es un negación del claro mensaje de la Biblia de que el sacrificio de Cristo es pleno y completo.

Además, con la muerte de nuestro Salvador sin pecado, la plena y completa expiación por el hombre fue hecha irrevocablemente correcta, porque la resurrección de Cristo ahora nos asegura la vida eterna con Él. La vida de Cristo, sin Su muerte, no puede expiar nada. Similarmente, la muerte de Cristo, sin Su resurrección y vida, habría anulado cualquier esperanza de expiación. Pablo fue inspirado a comentar.

“Y si Cristo no resucitó, nuestra predicación es vana, y vuestra fe también es vana”. **1 Cor. 15:14.**

Este texto nos informa que nuestra fe sería sin valor si Cristo no hubiese resucitado. Esto no podría ser verdad si la expiación estuviese completa con la muerte de Cristo. Si la expiación hubiese estado completa en el Calvario, la resurrección de Cristo habría sido irrelevante para la salvación del hombre. Entonces habríamos sido salvos tan ciertamente, si Cristo hubiese permanecido en la tumba o si hubiese resucitado. En esa circunstancia, el propósito de la resurrección habría sido el volverle la vida a Cristo y nada más. Un Cristo vivo es crucial para nuestra salvación, de acuerdo con las Escrituras.

Aquellos que afirman que la expiación de Cristo estaba completa en la cruz, y de lo cual ellos razonan que todos nuestros pecados (pasado, presente, futuro) fueron perdonados hace 2000 años atrás, no están de acuerdo con las Escrituras. De hecho, Pablo claramente dice que:

“Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana, y *aún estáis en vuestros pecados*”. **1 Cor. 15:17**, énfasis suplido.

Si todos nuestros pecados fueron perdonados en el Calvario, entonces la resurrección de Cristo no tendría ninguna relación con nuestro perdón³¹.

Pablo, escribiéndole a Timoteo, y Juan escribiéndole a la iglesia, ambos muestran la necesidad de un Cristo vivo para completar la expiación.

“Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”. **1 Tim. 2:5**.

“Hijitos míos, esto os escribo para que no pequéis. Pero si alguno hubiera pecado, Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el Justo”. **1 Juan 2:1**.

Cuando, en el Día de la Expiación, el sumo sacerdote representaba la obra mediadora de Cristo, se requería que vistiera ropas especiales.

“Se vestirá la túnica santa de lino, y sobre la carne se pondrá el calzoncillo de lino. Se ceñirá el cinto de lino, y se cubrirá con la mitra de lino. Estas son las santas vestiduras. Se las pondrá después de haberse bañado”. **Lev. 16:4**.

Estas ropas santas simbolizaban el carácter sin mancha que, en Su obra mediadora, Cristo les ofrece a todos los que creen.

“Porque en este día se hará expiación por vosotros, para purificaras. Y quedaréis limpios de todos vuestros pecados ante el Eterno”. **Lev. 16:30**.

Las promesas del Nuevo Testamento no son menos aseguradoras. El Mediador del Nuevo Testamento promete la misma purificación del pecado.

“Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de todo mal”. **1 Juan 1:9**.

La misma redención del pecado fue retratada en el Antiguo Testamento, en la parábola de Josué y el ángel.

“Josué estaba ante el Ángel, vestido de ropa sucia. El Ángel mandó a los que estaban ante él: ‘Quítadle esa ropa sucia’. Entonces dijo a Josué: ‘Mira que he quitado tu pecado de ti, y te vestí de ropa de gala’”. **Zac. 3:3-4**.

³¹ Esto no permite el punto de vista extremo que el Calvario no fue una parte integral de la expiación. Aun cuando es verdad que la expiación no estaba completa hasta que la sangre de la víctima fuese administrada por el sacerdote, está claro, por el tipo, que el sacrificio era (un elemento esencial) para la expiación.

“Cada día ofrecerás el becerro por el pecado para la expiación. Y purificarás el altar mediante la expiación, y lo ungirás para santificarlo”. **Éxo. 29:36**.

“Pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima, y el Señor la aceptará para expiarlo”. **Lev. 1:4**.

Así era simbolizada una purificación interna, una total separación del pecado, no simplemente un acto forense en el cual el hombre permanece sin ser transformado. No podemos entender mal que el último gran llamado al pueblo de Dios, es un llamado para aceptar el manto de justicia de Cristo. En el mensaje a la iglesia de Laodicea, Cristo les ofrece esta expiación y transformación a todos.

“Por lo tanto, te aconsejo que compres de mí: oro afinado en fuego, para que seas rico; vestidos blancos, para cubrir la vergüenza de tu desnudez; y colirio para ungir tus ojos y puedas ver”. **Apoc. 3:18.**

La obra de la expiación es reconciliarnos con Dios a través de la provisión divina de la justificación, santificación y glorificación. Pablo percibió este don al hablar de Cristo.

“Quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”. **Tito 2:14.**

Las páginas de la Inspiración están repletas de evidencia que la expiación incluye no solo el inestimable don del perdón, sino que también el poder divino de purificación. En una clara referencia al antítipo, Pedro declara:

“Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”. **1 Pedro 1:2.**

Algunos pueden pasar por encima la condición sobre la cual es ofrecida la expiación de Jesucristo al pecador. El tipo no nos deja duda que “afligiréis vuestras almas” (Lev. 16:31) fue el mandato de Dios para el pueblo. Cualquier persona que “el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia”. (Prov. 28:13).

Dios no se alegra con la muerte eterna, sino que es misericordioso, “porque no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. (2 Pedro 3:9).

Él no podía hacer más que asegurar que cada alma verdaderamente arrepentida fuese salva, que ungir a Cristo (que es tanto Dios como hombre) para morir, le suplica a todos los pecadores penitentes, y les da poder para vivir vidas victoriosas. Este aspecto crucial de la expiación es enfatizado por Pablo.

“Pero os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles en asamblea festiva, a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”. **Heb. 12:22-24.**

En la obra de mediación bajo el nuevo pacto, los grandes actos de expiación de Dios que sean hechos en los corazones de los hombres son subrayados por Jeremías:

“Este es el pacto que haré con Israel después de aquellos días —dice el Eterno—: Pondré mi Ley en sus mentes, y la escribiré en sus corazones. Y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”. **Jer. 31:33.**

Algunos no perciben ninguna necesidad de que los pecadores arrepentidos sean transformados o juzgados. Pero Miqueas no lo ve así. Él describe claramente las escenas de mediación en el juicio.

“La ira del Eterno soportaré, porque pequé contra él, hasta que juzgue mi causa y me haga justicia. Él me sacará a la luz, y veré su justicia”. **Miq. 7:9.**

David también miró hacia delante a través de las súplicas de nuestro Mediador.

“Defiende mi causa, y redímeme”. **Salmo 119:154.**

Fue la desobediencia la que causó que nuestros primeros padres perdieran su hogar edénico y su vestimenta de gloria. Fue la desobediencia la que necesitaba la expiación. Solamente la sangre purificadora de Cristo y la obediencia divinamente empoderada, puede transformar a las personas para morar en el Edén restaurado. La expiación provee todas estas bendiciones. A través del derramamiento de Su sangre en el Calvario y del asperjamiento de Su sangre delante del trono de Jehová en el Lugar Santísimo, nuestra redención está asegurada. Sin el derramamiento sin precio de la sangre de Cristo, no habría habido sangre para ser asperjada. Sin el asperjamiento de la sangre, no habría aplicación de la sangre en los corazones de los hombres, una obra esencial para nuestra salvación. Estaríamos desnudos delante de nuestro Juez. Gracias a Dios, que Su expiación incluye la vital cobertura de nuestra desnudez.

“Porque si la sangre de los toros, los machos cabríos y la ceniza de la becerra rociada a los impuros, santifican para purificar la carne, ¡mucho más la sangre de Cristo, quien por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará vuestra conciencia de las obras que llevan a la muerte, para que sirváis al Dios vivo!”. **Heb. 9:13-14.**

Las Escrituras testifican ampliamente de una expiación completa, una que hace todas las provisiones para la salvación del hombre a través de la muerte de Cristo en el Calvario. Además, esta expiación aplica estas provisiones a través de la obra mediadora de Cristo en el Lugar Santísimo.

En el Jardín del Edén, Dios proveyó las pieles para cubrir la desnudez de Adán y Eva. Al proveer este acto simbólico de expiación, Cristo hizo mucho más que proteger a Adán y Eva de los elementos y remover sus vergüenzas emocionales. Él cariñosamente les restauró el manto de justicia, ofrecido a todo pecador arrepentido. Ellos aprendieron que la expiación era un don de Dios, por la cual estaban totalmente dependientes de Él.

Aquellos que limitarían la expiación del sacrificio de Cristo ignoran numerosos pasajes de las Escrituras, y pasaron por encima de la necesidad, por poder divino, a dejar a un lado el pecado de la vida.

“Por eso también Jesús padeció fuera de la puerta, para santificar al pueblo mediante su propia sangre”. **Heb. 13:12.**

“Esposos, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó así mismo por ella, para santificarla y limpiarla en el lavado del agua, por la Palabra”. **Efe. 5:25-26.**

“En esa voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez”. **Heb. 10:10.**

Solamente aquellos que comprenden totalmente el alcance de la expiación van a procurar la preparación para el cielo, porque solamente ellos van a comprender que la gloria de Dios está en juego en la perfección de Su pueblo. El ministerio sacerdotal de Jesús es la seguridad de tanto Su perdón y Su victoria en las vidas de Su pueblo.